

África. Reflexión geográfica sobre su población y compartimentación territorial ¹

M.^a PILAR DE TORRES LUNA *

ABSTRACT

The present article, as its title says, wants to be a reflection in geographical key of most outstanding aspects on the current African population. The thread rurls from ethnographic study and the peoples settled in África, as far as their social and demographic behaviour since the decolonization starts massively in 1960s. In the last part some essays on geographical landscape compartmentalization of nowadays africa are taken into account commented.

Key words: África, ethnos, population, descolorization, geografical compartmentalization.

En el otoño de 1960 la prensa diaria y algunos artículos de prestigiosas revistas no dudaban en calificar ese año como «el año de África». Y no era para menos ya que entre el 27 de abril y el 28 de noviembre (siete meses) habían accedido a la independencia 16 de sus territorios frente a la decena que hasta entonces eran naciones «libres». Era yo alumna del último curso de la licenciatura en la Universidad de Zaragoza y seguí el fenómeno, como el resto de mis compañeros, con gran interés. Todos los pronósticos eran optimistas para el mosaico de países recién nacidos, si quiera fuese por el hecho de abandonar la protección (paternalismo se solía decir) que las viejas potencias europeas venían ejerciendo sobre las

* Catedrático de Geografía. Universidad de Santiago.

¹ Con este artículo me sumo al homenaje póstumo que la Universidad de Santiago dedicó al catedrático Alonso del Real, fallecido hace cuatro años. Motivos de salud me lo impidieron cuando, en 1996, se publicaron los dos volúmenes del mencionado homenaje.

nuevas naciones, antes colonias, condominios, sultanatos, etc. Después, y en sucesiva cascada hasta la independencia de Eritrea acaecida en 1993, se ha ido completando el mapa del África continental libre. Durante los 37 años siguientes (redacto estas líneas en febrero de 1997) he seguido interesada enormemente, quizá por haber explicado lecciones de Geografía de África de forma ininterrumpida desde 1961. El siglo xx remata dentro de tres años y el continente de ébano, como poéticamente le han llamado algunos, vuelve a ser noticia palpitante porque gran parte de aquellos buenos augurios no se han cumplido sino todo lo contrario. Parece que África no va a desembocar en el siglo xxi con la dignidad humana que merecen sus casi setecientos millones de habitantes; regresa a ser el «continente tenebroso» de que hablaba Stanley en los años de la Conferencia de Berlín (1884-85). Entonces era tenebroso por desconocido, ahora porque el género humano no está actuando convenientemente.

Las breves páginas de este artículo serán una reflexión fundamentalmente personal sobre cuestiones geográficas africanas, con especial incidencia en la población y los pueblos así como en la conveniencia pedagógica de establecer grandes conjuntos-espacios territoriales retomando la apoyatura zonal, algo olvidada últimamente en los estudios sobre Geografía regional del mundo.

ALGUNOS CONDICIONANTES ECOGEOGRÁFICOS

Basta con observar un mapa de África a mediana escala para reconocer una serie de hechos que, concatenados, contribuyen a explicar bastantes de las situaciones demográficas que repasaremos más adelante, así como para ir tomando criterios que serán de gran utilidad a la hora de plantear la compartimentación geográfica del continente. Desde ahora advierto al lector que, a lo largo de este artículo, me ceñiré sólo al África continental, en aras de la brevedad y porque a excepción de Madagascar (independiente desde 1960 pero distante de tierra firme más de 400 kms.) los demás espacios isleños no precisan aquí de más comentario.

El *relieve* de esta parte del mundo es en apariencia sencillo, ya que una serie de depresiones topográficas, cadenas montañosas de altitud moderada, enormes edificios volcánicos (algunos rozando los 6.000 m. de altitud) y pequeñas y escasas llanuras se distribuyen por todo el territorio con una general anarquía.

Los paisajes topográficos de carácter marcadamente aplanado confieren una gran monotonía a buena parte del África del hemisferio norte donde el desierto del Sahara los personaliza bien. Y algo similar ocurre con todos los territorios cuyo sustrato es el viejo macizo desgastado y suavizado en sus pesadas siluetas. Los paisajes más movidos quedan en África oriental, en el tan popularizado rift-valley, que constituye un sistema de horsts, fosas y fracturas extendidas sobre unos 5.000 kms. desde el bajo curso del río Zambeze (Malawi-Mozambique) hasta el macizo de Etiopía y aún se prolonga en forma de Y por el golfo de Adén y el Mar Rojo hasta el Mar Muerto en Asia.

Con respecto al *clima* aquí, como en cualquiera de los otros continentes, es el resultado de una compleja combinación de fenómenos físicos.

En una aproximación elemental se suele poner a África como ejemplo acabado de zonalidad climática y en esencia no es falso: partiendo de la línea ecuatorial hasta los trópicos se advierte un paso desde el clima genuinamente ecuatorial en estas latitudes, al tropical de dos estaciones y al de desierto cálido. Por su parte, en ambas Zonas Templadas, se localizan los climas subtropicales con su variada gama de matices; no hay otros climas regionales templados porque África rebasa los trópicos de Cáncer y Capricornio sólo hasta aproximadamente los 35° de latitud norte y también los 35° de latitud sur.

Sin olvidar que el papel de la situación latitudinal es de primerísima importancia, existen otros factores como la distribución del relieve, el movimiento aparente del sol durante el año entre uno y otro trópico y la actuación de las corrientes marinas o el sople de algún viento constante, que desdibujan la aludida zonalidad. Por poner algún ejemplo llamativo en que claramente se rompe, podemos recordar que en una franja cabalgante en torno a cinco grados al norte y al sur del paralelo máximo encontramos territorios contiguos en los que se pasa del clima netamente ecuatorial, cálido y húmedo, al de montaña; es lo que ocurre en el corazón del Zaire (de nuevo República Democrática del Congo), cuyas amplias extensiones de selva virgen contrastan, sin solución de continuidad, con las sabanas, las nieves eternas y el roquedo al descubierto de los parajes de Tanzania y Kenya donde se alzan el Kilimanjaro (5.895 m.) y el monte Kenya (5.119 m.).

Relieve y clima combinados favorecen o dificultan, según los casos, el drenaje africano. En unos, avenan el espacio ríos de muy largo recorrido como el Nilo, el Congo o el Níger con su cortejo de afluentes; en otros la escasez hídrica es tal que apenas existe vida vegetal o animal y el hombre

no puede habitar de modo permanente. Si añadimos la calidad de los *suelos* (mediocres los ecuatoriales por su gran lavado y carencia de humus, pobres o estériles los tropicales por lateríticos, no evolucionados los de las regiones áridas...) es obligado concluir que una serie de condiciones (estorbos sería mejor decir) limitan la presencia humana con razonable intensidad a espacios bastante concretos. Es lo que repasaremos en los epígrafes siguientes.

LOS PUEBLOS DE ÁFRICA

La variedad africana de etnias, razas, tribus y grupos humanos en general es prácticamente interminable y se encuentra entremezclada hasta lo inddecible. Muchos autores reconocidos como expertos africanistas no dudan en asegurar que África posee mayor variedad de etnias que Europa, América, Oceanía e incluso Asia. Por supuesto, los grupos más representados son los «africanos», cada uno con su lengua propia lo que contribuye a subrayar la diversidad de pueblos y a dificultar el entendimiento de unos con otros. El fenómeno está siendo particularmente grave en los últimos años, sobre todo en los meses precedentes a causa de las luchas intestinas (también con ingredientes de política internacional), y de las matanzas de personas de todo origen y condición que ha conocido la humanidad entera desde noviembre de 1996. Hance escribía en los años 1970 en este sentido y aseguraba la existencia de 800 lenguas diferentes entre los indígenas (africanos de origen), 400 dialectos bantúes, cerca de 300 sudaneses y el agravante de que algunos son hablados por una sola tribu. Un auténtico Babel.

Resulta bastante complicado hacer una enumeración y clasificación de las etnias de África, tanto por la multiplicidad de comunidades humanas que habitan el continente como por las mezclas que a lo largo de la historia han efectuado entre sí, sin olvidar la presencia de habitantes de los vecinos continentes europeo y asiático cuya presencia fluctúa coyunturalmente. Sigo ahora a Floristán, cuya síntesis al respecto es modélica, si bien altero el orden de exposición por convenir así al hilo conductor que llevo en estas páginas.

La presencia de *europesos* en África es reciente si pensamos que hasta bien entrado el siglo XIX, no llegaron los franceses, italianos y españoles al Mogreb y los británicos a tierras australes atraídos por el oro. Con anterioridad y por su importancia sólo hay que señalar el asentamiento de holandeses en el siglo XVII, también en tierras del sur. La arribada de expe-

dicionarios y colonos de la vieja Europa al centro del continente fue más tardía debido a los impedimentos propios del medio natural que les hizo ocupar lugares puntuales en la costa, en las ciudades, en las plantaciones, en las áreas mineras, etc. Es de notar un núcleo de población blanca, sobre todo de radicación urbana, en Kenya, Uganda y Tanzania.

En la actualidad la población de origen europeo está desigualmente distribuida y con tendencia a disminuir. La descolonización ha provocado que su presencia se haya convertido en la mayoría de los casos en ocasional y temporal, trátase de misioneros, militares, observadores políticos, comerciantes... No abundan las cifras al respecto en los anuarios más explícitos. El Agostini de 1985 daba para la República Sudafricana alrededor del 20% de blancos con relación al total de la población, cifra que en 1996 ha bajado al 13,1% aunque existe un 8,6% de coloreados (mixtos de blancos y hotentotes) que sumados al 13,1% anterior podrían, quizá, ser los blancos del decenio de 1980. No será ésta la primera vez que las estadísticas africanas no encajen y hayan de ser valoradas sólo como aproximativas.

Los *asiáticos* en el continente africano responden a la gran movilidad de pueblos costeros de procedencia mediterránea, índica y pacífica y a la enorme presión que han ejercido sobre sus territorios. Se localizan sobre todo en los flancos oriental y meridional de África, aunque también en el sur hay hindúes y chinos entre sus habitantes. En el este y particularmente en sus ciudades quedan presencias de sirios, libaneses y pakistaníes que, haciendo honor a su tierra de origen, se dedican a la artesanía y al comercio; pueden ser también propietarios de plantaciones, funcionarios y obreros con diverso grado de especialización.

El resto de la población se puede encuadrar en cuatro grupos mayoritarios que, mezclados y remezclados entre sí constituyen el sustrato demográfico africano. Son los aborígenes, hamitas, negros hamitizados y semitas.

Entre los *aborígenes* se incluyen a su vez tres grupos hoy en declive y con poca significación que son los bosquimanos, pueblos recolectores y cazadores ahora acantonados en el Kalahari; los hotentotes, etnia mixta, son pastores seminómadas fijados en el desierto de Namib; y los pigmeos, habitantes de las márgenes del bosque ecuatorial que viven de la recolección natural y de la caza. Más importancia y significación tienen los negros puros de África occidental, por ser numerosos y muy distribuidos; se les localiza al sur del Sahara y de Etiopía y se llaman así porque los tipos más puros (de piel intensamente negra) se encuentran entre el río Senegal y el Camerún, dedicados sobre todo a la agricultura.

Los *hamitas* son pueblos de raza blanca procedentes de Arabia y del Oriente medio. Muy mezclados con los bosquimanos y negros, constituyen un grupo sobre todo lingüístico que habita tanto en tierras septentrionales como orientales. A ellos pertenecen los egipcios, nubios, somalíes, etiopes tuaregs, bereberes (que se ocupan en la agricultura y en la trashumancia) y fulas del alto Níger.

La mezcla de hamitas con negros aborígenes constituye el tronco de los *negros hamitizados*, que a su vez dio una gran diversidad de grupos. Los nilotas que habitan en el valle del Nilo y sur de la República del Sudán son ganaderos y algo agricultores. Los medio-hamitas se localizan en tierras de Kenya, Uganda y Tanzania (su grupo aquí son los masai) y destacan por ser muy guerreros entre unas y otras tribus; se dedican al pastoreo semi-nómada y estiman el ganado como signo de riqueza y de categoría social. Los bantúes (individualizados por su lengua bantú) habitan sobre todo en África central y meridional y presentan, a su vez, tres grandes grupos: 1) los occidentales, que viven en los bosques de la cuenca del Congo (los fang) y en Angola (los bushongo); 2) los meridionales, personalizados en los zulúes, xhosa, bechuanos y basutos, y 3) los orientales que se asientan en las altiplanicies de Uganda y Malawi y son los baganda, akamba, kikuyu, swahili, yao...

En fin, los *semitas* (raza blanca, religión musulmana y lengua semítica) son los herederos de los árabes que llegaron a África septentrional en varias oleadas sobre todo entre los siglos XI y XIV. Están muy mezclados con los bereberes de tronco hamita.

Llegados aquí puede el lector tener la impresión de encontrarse ante una retahíla de nombres difícilmente memorizables, cuando eso no sería más que un pálido reflejo de la realidad ya que grupos y tribus ocupan el espacio formando un puzzle, como el que muestra la figura 1, en la que se advierte el trazado superpuesto de los Estados actuales, decidido sin más fundamento que las apetencias políticas de los colonizadores. (Antes de continuar, agradezco a doña M.ª José Piñeira Mantiñán, licenciada en Geografía, las horas de trabajo y paciencia que me ha regalado al preparar todas las figuras de este artículo a partir de los borradores que yo le proporcionaba).

Como remate a este apartado incluyo unos cuantos ejemplos de algunos países enormemente cuarteados por etnias o grupos y de otros en los que pocos grupos pero dominantes deciden el presente y el futuro de sus congéneres. En *Ruanda* viven (¿viven?) los hutus (90% de la población); tutsi (9%) y twa (1%); en *Sudán* componen las 3/4 partes de los ha-

bitantes los árabes (40%) y los nilóticos y camitas (30%); en la *República Sudafricana* más del 75% son bantúes matizados en ocho grupos (zulúes, north sotho, xhosa, seshoeshoe, tswana, tsonga, swazi, south ndebele); *Namibia* cuenta con un 66% de bantúes en cinco grupos principales (ovambo, kavango, herero, damara, nama); *Kenya* tiene diez etnias bien representadas: kikuyu, luo, luhya, kamba, kalenjin, kisii, meru, mijikenda, turkana, masai; *Benin* alberga seis en sus poco más de cien mil kilómetros cuadrados: fon, yoruba, adja, hoveda, bariba, fulbe; en *Nigeria* viven hausa (al norte), ibo (al sur), yoruba (al oeste) y fulani, kanuri, tiv, ibibio, etc. sin localización fija; finalmente *Camerún*, el tercero de estos tres vecinos países tiene: en el norte y centro sudaneses (fulbe, haussa y kirdís) y en el



Figura 1. Superposición de los límites políticos de los Estados sobre las áreas tribales.
Fuente: «World Geography»

sur bantúes (basa, beti, ewondo, bulu) y semibantúes (bamum y bamile-ké)... Sería tedioso continuar.

LA POBLACIÓN ACTUAL

Todas las comunidades humanas mencionadas y muchas que seguro habrán quedado sin citar integran la población actual de África. Por sus 683.701.000 habitantes en 1994 (los datos de esta fecha serán siempre del Anuario de El País, 1997) ocupa el cuarto lugar en el contexto mundial después de Asia, América y Europa; por su densidad promedio (22,6 hab./km²) va en tercer puesto siguiendo a Asia y Europa; también por su extensión es la tercera luego de Asia y América. La aproximación es más ajustada si decimos que sobre algo más del 22% de las tierras emergidas habita también algo más del 12% de la población mundial. Con estas macromagnitudes no se piensa en un continente sobrepoblado aunque más adelante matizaré esta idea. Sin ir más atrás del siglo que está acabando, y manejando las estadísticas sólo como orientación (no puedo extenderme en el problema de las fuentes numéricas para África), se puede decir que asistimos a una explosión demográfica que rompe, en muy pocas fechas, todas las estimaciones y cálculos de futuro.

Harrison Church habla de 100 millones de habitantes desde 1650, en que ya los habría alcanzado, hasta 1850 en que todavía no los habría rebasado. Pero desde 1900 hasta 1994 el efectivo total, en curva decididamente ascendente, casi se ha multiplicado por cinco. El estadillo siguiente es muy expresivo:

| <i>Años</i> | <i>Habitantes (en millones)</i> |
|-------------|---------------------------------|
| 1900 | 141 (según Harrison Church) |
| 1910 | -- |
| 1920 | 136 (según Harrison Church) |
| 1930 | 164 (Anuario ONU) |
| 1940 | 191 (id) |
| 1950 | 222 (id) |
| 1960 | 278 ((id) |
| 1970 | 365 (Anuario Agostini) |
| 1980 | 476 (id) |
| 1990 | 618 (id) |
| 1994 | 683 (Anuario El País) |

No menos expresivas son las estimaciones demográficas calculadas por la FAO con la perspectiva de los años 1960 y por otros organismos internacionales recientemente, con vista al cambio de centuria y aún para el año 2025. Decía la FAO en 1961 (cuando África contaba con casi 300 millones de personas) que en 1980 el continente alcanzaría 295 millones de habitantes y en el 2000 llegaría a 485. La primera previsión se rompió al llegar los 1970 y la segunda al comenzar 1980. En 1992 la ONU pronosticaba 851 millones para el año 2000 y 1.597 millones en el 2025; puede que esta última profecía demográfica lleve más posibilidades de cumplirse si, como en la última década, el crecimiento anual es de unos 20 millones.

La *evolución demográfica* marcadamente positiva que registra África se apoya en unas tasas de natalidad muy elevadas aunque las de mortalidad general no descienden lo que deberían y las de mortalidad infantil alcanzan valores desconocidos en el resto del mundo.

Por lo que a natalidad se refiere las tasas más bajas pertenecen a países septentrionales y a la República Sudafricana, todos en ámbitos geográficos de Zona Templada; las cifras están entre el 26‰ de Túnez y el 31‰ de Sudáfrica, pasando por Marruecos (29‰), Egipto y Argelia (ambos con 30‰). Las más elevadas, entendiéndose por tales las cifras de más del 50‰, se encuentran en Níger (con una tasa de 53‰ bate el récord africano), Uganda (52‰) y Mali, Guinea-Conakry, Malawi y Angola con 51‰. Un bloque intermedio, que es el más numeroso, está integrado por países cuya natalidad general oscila entre el 41 y el 50‰; se trata de 26 naciones (el grueso de las totales africanas) que cubren la llamada África negra (occidental, ecuatorial y oriental). Para un europeo occidental estos valores son alucinantes.

La mortalidad general es de menos de 12‰ solamente en 10 países, la mitad de los cuales dan al Mediterráneo; hay 24 naciones (integran buena parte del África occidental y oriental) cuyas tasas están comprendidas entre el 15 y 20‰ pero superan todos los cálculos Guinea-Conakry (20‰), Guinea Bissau (21‰) y Sierra Leona (25‰). Lo realmente trágico es la mortalidad infantil. No detallaré para aligerar algo el texto pero son suficientes un par de frases subrayadas en cifras: 20 países soportan una mortalidad infantil de más del 100‰, con techos en Mali (157‰) y Sierra Leona (164‰); los valores más bajos abarcan una franja entre el 40 y 60‰. Rara excepción es la República Sudafricana que registra un 6‰. Semejante panorama era todavía peor hace unas décadas cuando la incidencia del atraso higiénico y médico era más acusado que ahora y las

enfermedades se cobraban vidas a racimos. Desgraciadamente los complejos patógenos no han sido erradicados ni los males endémicos (enfermedad del sueño, paludismo, malaria, etc.).

Es cierto que las razones de esta situación hay que buscarlas en muchos rasgos no cambiables del medio natural pero es que tampoco cambian (y estos si que podrían) los dependientes del hombre. Va siendo hora de denunciar, desde la Geografía, que las hambrunas son evitables; que los trasiegos de población como si fuera ganado de desecho, a causa de las absurdas y estériles guerra étnicas o tribales también son evitables; que las estúpidas muertes masivas derivadas de situaciones bélicas inexplicables a pocos benefician; que los intereses económicos rayan en delito de lesa humanidad cuando, y sólo es uno de los ejemplos sabidos, a algunas naciones del primerísimo mundo no interesa difundir una determinada vacuna con la que se asegura que la erradicación de alguna epidemia sería un hecho...

La simple compensación natural produce en todo el continente africano coeficientes de crecimiento interanual elevados masivamente y sin parangón en cualquier parte del mundo. Considerando los datos del periodo 1988-93 se advierte que en el 90% de los territorios los valores oscilan entre el 2 y 3,9%, con alguna excepción bien por no alcanzar estas cifras (Sudán tiene 1,4% y Túnez 1,9%) o por superarlas (Gambia 4,1%, Kenya y Malawi 4,2%) y la República del Congo 5,4%. En números absolutos el fenómeno de este singular crecimiento se advierte comparando volúmenes demográficos de los últimos veinte años. Entre 1974 y 1994 África pasó de 392 millones de habitantes a 684, es decir se multiplicó por 1,7 veces, tendencia seguida por muchos de sus países. La evolución porcentual de la población africana tomando como base 100 la de 1900 suponía en 1991 el 675 y se prevé un 877 para los albores del siglo XXI y 1580 para el año 2025. En esta fecha sí que se habrá duplicado con creces el volumen demográfico de la mayoría de las naciones africanas. En fin, el perfil africano, hechas estas brevísimas consideraciones sobre su crecimiento humano, no puede ser otro que el de un continente joven como lo ilustra la composición por grupos de edades en porcentajes:

| <i>Grupos de Edad</i> | <i>África</i> | <i>África Subsahariana</i> |
|-----------------------|---------------|----------------------------|
| menos de 15 años | 45,9 | 46,9 |
| entre 15 y 65 años | 50,2 | 50,4 |
| más de 65 años | 3,9 | 2,9 |

Atendiendo a la primera franja, tanto el continente entero como el África Subsahariana (que alberga a casi el 80% de la población total) tienen más que asegurado su relevo generacional; observando a la segunda (donde se contabilizan los jóvenes en edad reproductora y adultos) lo que está asegurado es el trabajo. Si a esto añadimos la potencialidad del medio, los números cobran vida y hay que pensar en que los obstáculos para superar el crónico subdesarrollo son vencibles, siempre y cuando el primer mundo esté dispuesto a ello.

Otra cuestión que no puede obviarse en un repaso a la población, por breve que sea, es la de la *distribución de las personas sobre el territorio*, resultando que los 22,6 hab./km² de promedio continental apenas dicen nada más que ordenar a África en relación con las demás partes del mundo.

El mapa de densidades por encima de la media continental lo forman:

1. las franjas litorales mediterráneas, con valores de más de 30 y 50 hab./km²: en las fértiles llanuras y colinas del Magreb, en latitudes templadas;
2. el valle del Nilo, sobre todo en sus riberas, que dibujan una cinta de intensa ocupación a veces evocadora de los hormigueros humanos del sureste asiático (Egipto tiene 61 hab./km² pero en los gobernatoratos entre Assuam y el delta las densidades superan los 1.000 y los 2.000 hab./km²);
3. las sabanas húmedas y altas mesetas de África oriental, personalizadas en Etiopía (48 hab./km²);
4. la región de los lagos Tanganica y Victoria y su prolongación por los altiplanos de Kenya, ya en latitudes ecuatoriales, registran las densidades por país más altas de todo el continente (Ruanda, 294 hab./km² y Burundi 223); aquí es necesario apelar al pequeño tamaño de los territorios y a la particular historia que estas comunidades humanas están escribiendo;
5. la banda costera de Mozambique continuada por la costa oriental de la República Sudafricana; se trata de territorios de clima subtropical de fachada oriental donde prospera la agricultura de plantación;
6. la fachada del Golfo de Guinea, a la que se asoman muchos Estados que combinan las actividades industriales y portuarias, las plantaciones muy variadas y rentables y una red de ciudades que ejercen gran atracción sobre los habitantes del rural. Así están Senegal (41 hab./km²),

Gambia (96), Sierra Leona (64), Costa de Marfil (43), Ghana y Togo (71), Benin (47) y Nigeria (117 hab./km²) «el país de las multitudes» pues con casi 108 millones de habitantes es el que más tiene de todo el continente. La atracción urbana es tan notable que algunos países del seno guineano tienen tasas de urbanización bastante aceptables en términos relativos; así en Sierra Leona la población urbana supone el 35% de la total, en Ghana el 36%, en Nigeria el 38%, en Benin el 41% y en Costa de Marfil el 43%.

Queda pues patente que hay «barreras biológicas» que dificultan o frenan la habitación humana, tales como la existencia de complejos patógenos dañinos tanto para las personas como para los ganados, las plagas que aleatoria y caprichosamente pueden arrasarse campos y pastos, el clima insalubre de las selvas ecuatoriales junto con su exuberante vegetación, las estepas semi-áridas donde sólo se puede ejercer la ganadería extensiva, los desiertos... Algunos de estos obstáculos se podrían paliar erradicando algunas enfermedades como ya apunté más atrás, enseñando a las comunidades rurales ganaderas a intensificar la explotación con trashumancias racionales y organizadas, haciendo que los leñadores de las márgenes del bosque ecuatorial fuesen algo más que esclavos de los especuladores en maderas de calidad raras en otros países y continentes. El problema de la falta de agua, sobre todo en el enorme desierto del Sahara, es muy difícil de solucionar; sin embargo, en fechas recientes se está llevando agua canalizada en algunos países que lo bordean por el sur y el este (Mali, Níger, Chad, Sudán, Egipto) y empiezan a implantarse algunos regadíos con muy buenos resultados.

También existen barreras más sutiles e invisibles que actúan sobre la distribución humana en el espacio y éstas hay que buscarlas en la mismísima conducta del hombre. En muchas áreas, densidades y evolución histórica se complementan o confunden y, es bien sabido, el hombre se instaló en fechas diferentes en unos y otros parajes; por otra parte, la incidencia de la esclavitud con levadas masivas en según qué cronologías ha desmantelado algunas comarcas; en fin, las guerras civiles (derivadas o no de la colonización y de la descolonización) han repercutido y repercuten en la distribución territorial de los africanos.

DEL ÁFRICA INDEPENDIENTE AL ÁFRICA LIBRE

Creo poder asegurar sin caer en la exageración que el hecho más llamativo y de mayores repercusiones demoeconómicas en África ha sido el

tránsito, durante los últimos 150 años, de una situación de independencia a otra también de independencia con un tiempo intermedio de colonialismo y de dominación exterior.

No voy a hacer historia. Simplemente recordaré que hasta bien entrado el siglo XIX la vieja África era poco conocida en nuestra vieja Europa; se aceptaba como una de las cunas de la humanidad y se atendían, por ejemplo, las leyendas sobre el antiquísimo origen del Reino de Abisinia. Por lo demás, algún osado viajero había reconocido parte de sus costas o se había adentrado algunos kilómetros a través de caminos naturales como los valles de los ríos. Pero hacia mediados de la centuria se despierta en la conciencia europea un afán imperialista acaso desconocido desde las fechas del descubrimiento de América y África se convierte en su principal objetivo.

El continente vecino, además de cercano, presentaba una serie de atractivos entre los que cabe destacar: los intereses económicos, uno de los fuertes impulsos del imperialismo europeo; la tradición histórica de naciones que, como España, Francia o el Reino Unido, mantenían en las costas africanas bases en la escala hacia las Indias Orientales y Occidentales o factorías para el tráfico negrero; la apertura de nuevas rutas estratégicas comerciales como la del canal de Suez; el deseo de desviar la atención política interior de algunos países por empresas exteriores; las exploraciones geográficas y científicas en general de las que Stanley y Livingstone son paradigmas; el celo religioso manifestado en el deseo de evangelización en todos sus aspectos, etc. El grado de acogida a los forasteros por parte de los pueblos africanos no importaba gran cosa, incluso se les solía tener por inferiores.

Así el panorama, cuando se reunió la Conferencia de Berlín no fue para acordar si África debía o no ser una pertenencia de Europa sino para convenir la forma menos lesiva en que los Estados ya dueños iban a consumir su posesión. Y a partir de 1884 comenzó la andadura del África dependiente bajo las soberanías francesa, inglesa, portuguesa, belga, italiana, española y alemana. En 1902 solamente tres países eran todavía independientes: Marruecos (si bien sólo por una década más), Etiopía (después de un teórico «protectorado» italiano de siete años) y Liberia. La situación no cambió hasta la Primera Guerra Mundial en que las cuatro colonias alemanas (Togo, Camerún, África del sudoeste y este africano) recibieron los colores ingleses, franceses o belgas.

La figura 2 muestra con mucha claridad que nada cambió sustancialmente hasta 1956, año en el que acceden a la independencia Marruecos,

Túnez y Sudán como prelude de la cadena de emancipaciones que iba a comenzar de inmediato. Durante tanto tiempo de dominio colonial en el que las relaciones con las respectivas metrópolis tuvieron muchos matices y altibajos, se fueron forjando nuevas conciencias nacionales y apareciendo líderes políticos en torno a 1960 que llegaron a asegurar que, una vez independientes, sus territorios experimentarían tales adelantos que saltarían por encima de la revolución industrial para desembocar directamente en la re-

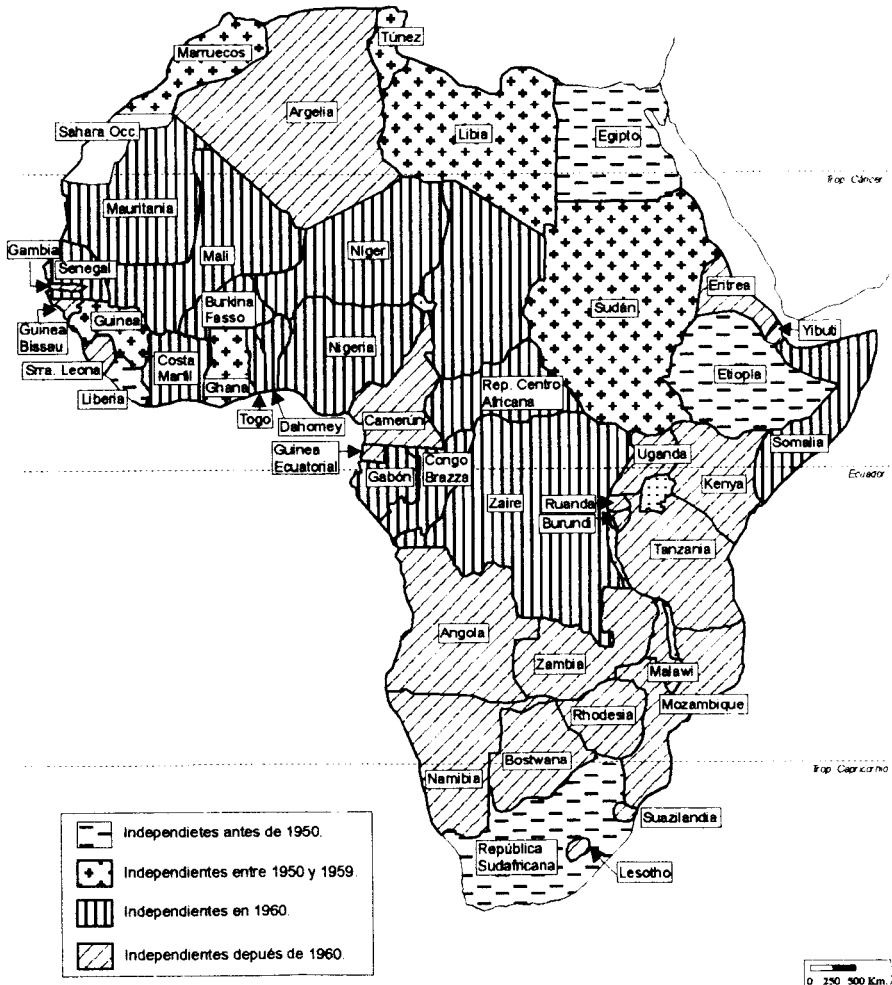


Figura 2. Etapas de la independencia africana. Fuente: Anuario Agostini, varias fechas. (Elaboración propia).

volución tecnológica. ¡Cuánta demagogia fácil y barata! Yo tengo una vivencia muy concreta al respecto de algo ocurrido en la Guinea española entre 1966 y 1967, meses antes de la independencia, que prefiero no relatar para no herir sensibilidades. La cuestión es que, tras muchos debates, de la Asamblea General de las Naciones Unidas emanó la llamada «Carta Magna de la Descolonización», puerta abierta para todo lo que se produjo después.

Para hacer hablar a la citada Figura 2 es interesante seguir con algún detalle el proceso descolonizador. Antes de 1950 sólo había en África cuatro países independientes (Egipto, Etiopía, Liberia y la Unión Sudafricana) y entre 1951 y 1957 se les sumaron, por orden cronológico, Libia (1951), Guinea Conakry (1952), Marruecos, Sudán y Túnez (los tres en 1956) y Ghana (1957); es decir, que a las puertas de 1960 eran diez las naciones libres.

El «año de África» comenzó el 27 de abril de 1960 cuando Togo, hasta ahora administración fiduciaria francesa y antes colonia alemana según se ha dicho, abrió la lista de nuevos países. Le siguieron: en junio República Democrática del Congo; en julio Somalia; en agosto Benin, Níger, Burkina-Faso, Costa de Marfil, Chad, República Centroafricana, Congo y Gabón; en septiembre Senegal y Malí; en octubre Nigeria y en noviembre Mauritania. Con este bloque de 15 independencias había caído el poderío francés en África occidental y ecuatorial, igual que el belga.

Durante la década de los 1960 (sin contar el año emblemático ya descrito) se produjo la emancipación de 17 colonias, que nacieron como los nuevos Estados de: Camerún y Sierra Leona (ambos en 1961); Argelia, Burundi, Ruanda y Uganda en 1962; Kenya en 1963; Malawi, Tanzania y Zambia en 1964; Gambia y Zimbawe en 1965; Bostwana y Lesotho en 1966; Guinea ecuatorial y Swazilandia en 1968. En este caso la metrópoli mayoritariamente perdedora fue la Gran Bretaña pues dejaron de ser suyos 11 territorios y parte de otro. A su vez, Bélgica desapareció del nuevo mapa de África y España prácticamente; Francia se quedó sin Argelia y sin su trozo del Camerún. El grueso de la dominación europea en el vecino continente había pasado a la historia.

En el decenio de 1970 las naciones libres fueron: Guinea-Bissau en 1974; Mozambique y Angola en 1975, y Yibuti en 1977. El ocaso correspondería ahora a Portugal, que en solamente dos años había quedado sin un palmo de tierra ultramarino al sur del paralelo 120 del hemisferio norte. La década de 1980 transcurrió sin nada que mencionar en este sentido. Finalmente en la de 1990, que estamos agotando, han alcanzado su

independencia (después de muchas vicisitudes en el camino hacia la libertad política) Namibia en el propio 1990 y Eritrea en 1993.

Un balance numérico rápido y con el mapa delante siguiendo los signos empleados nos da: cuatro países independientes antes de 1950; seis entre 1950 y 1959; 15 en 1960 (16 si recordamos a Madagascar), en fin, 23 después de 1960.

La mera narración del tránsito de las colonias a países emancipados africanos dejaría al geógrafo algo perplejo ante la rapidez con que se sucedieron los hechos una vez aplicada la «Carta Magna de la Descolonización». Y el evento no fue para menos. Sin embargo, la perplejidad se convierte para mí en desazón al ser testigo de que casi 40 años después de lo que se auguraba como panacea está siendo una pesadilla y, en definitiva, un caos. Se suele reparar poco en, al menos, dos hechos de capital importancia. El primero se refiere a las nuevas fronteras internacionales ¿Nuevas? No, porque reproducen exactamente las que fueron trazando los colonizadores durante la segunda mitad del siglo XIX; se diría que para algunas bastó la escuadra y el cartabón o la trama de meridianos y paralelos. Apelo a la Figura 1 y a las siluetas de parte de Mauritania, Mali, Níger Chad, Libia Egipto, Sudán, Angola, Namibia, Bostwana... y muchos más ejemplos de detalle. Con su desconexión sobre las etnias y áreas tribales porque los países accedían a la independencia sin ser lo que algunos han llamado «naciones naturales» sino la copia del viejo imperio colonial. Y también apelo al libro de Dumont «L'Afrique noire est mal partie», cuyo título evidencia la gran verdad que estamos viviendo, tanto los sujetos pacientes africanos como nosotros, espectadores europeos. El autor publicó su obra en 1962, en plena efervescencia de los hechos narrados, y en 1969 sacó una nueva edición revisada y corregida. Sus páginas rezuman realismo, sentido común y hasta un algo de profecía en sus epígrafes finales, que dicen: ¿África será «cliente» de Europa... o se desarrollará por sí misma? y ¿Solidaridad internacional o hambruna mundial hacia 1980?

El segundo hecho, no menos importante que el de las fronteras, se refiere en general a la cultura y a la lengua de los países devenidos en libres. La población africana durante varias generaciones han recibido una doble segunda personalidad basada sobre todo en el poso que ha dejado la cultura y las mentalidades europeas en los estratos demográficos más propicios (quedando grandes mayorías sin siquiera salir del analfabetismo) y, desde luego, en las lenguas adoptadas que han llegado a hacer suyas. Resulta curioso, como menos, hacer una cata en ambos sentidos.

Con respecto al analfabetismo es penoso comprobar los elevados porcentajes que arrojan las estadísticas para la mayoría de los países y porque de otros no hay datos. Hay 16 naciones de África cuya población analfabeta supone más de la mitad del total de habitantes, con ejemplos concretos impresionantes: 65% de analfabetos en Etiopía y Burundi, 67% en Senegal; 69% en Sierra Leona, 86% en Níger... Solamente suponen menos del 20% en Zimwabe (que tiene 15%) y en la República Sudafricana con un 18%.

Por lo que se refiere a las lenguas oficiales nada hay de sorprendente, La mayoría de las naciones conservan la de la vieja metrópoli, es decir, el francés, inglés, español y portugués; otras poseen dos lenguas oficiales como Camerún (francés e inglés) o Chad y Yibuti (francés y árabe); destaca muy bien el África de habla árabe (Mauritania, Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, Egipto y Sudán) si bien se hacen aclaraciones en las fuentes como «se habla también francés y dialectos bereberes» (Argelia), «las lenguas comerciales son el francés y el inglés (Egipto)», «se usan también el bereber y el francés» (Marruecos), «se habla también el francés» (Túnez, Mauritania); la fórmula de utilizar como oficiales el inglés y un dialecto indígena se encuentra en Swazilandia (siswati), Uganda (swahili), República Sudafricana (afrikaans); contados países tienen como oficial una lengua indígena y, si es el caso, se añade que se usa habitualmente otra moderna: en Tanzania y en Kenya es oficial el kiswahili «pero usado el inglés principalmente», etc. Lo que se advierte en todos los casos es la multitud de dialectos de uso común que se hablan simultánea y habitualmente con el idioma oficial, bien sean de tronco bereber, bantú, sudanés, nilótico, camita... Estas consideraciones de tipo lingüístico podrían llevarnos a pensar si en un futuro brotará el África de las tribus, que son en realidad el sustrato humano continental, pero quizá sea ir demasiado lejos.

CONJUNTOS GEOGRÁFICOS O GRANDES ESPACIOS

Tal como va el discurso en las páginas precedentes, la dificultad de establecer en África espacios un tanto homogéneos de amplitud considerable es punto menos que imposible. Sin embargo es preciso atreverse, tanto por razones de índole didáctica o pedagógica como por intentar llegar a la síntesis a que debe aspirar todo geógrafo metido a regionalista. Sobre todo se hace muy difícil cuando queremos apoyarnos en estadísticas que, como es de sobra sabido, se consiguen a escala nacional en una primera apro-

ximación. Por si ello no fuera suficiente unos países se organizan con un modelo administrativo determinado y otros con otro, de modo que las comparaciones se tornan laboriosísimas. La cuestión va adquiriendo gravedad cuando hay que trabajar con Estados que cabalgan dos o más tipos de clima o de paisajes. Esa puede ser la razón por la que se cuentan casi tantas propuestas de compartimentación como autores han acometido la tarea. Todos usamos con naturalidad las expresiones de África occidental, oriental, mediterránea, etc., pero muy pocas veces las justificamos, porque ¿cuál es el límite del África occidental con la del norte? ¿y el de la ecuato-

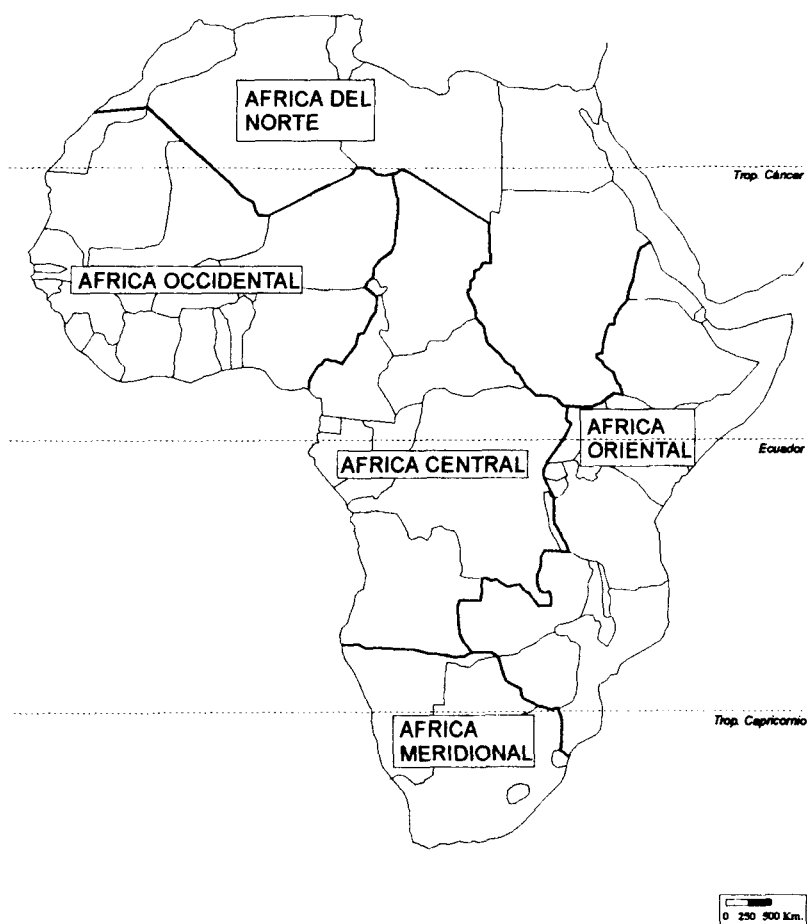


Figura 3. División Regional de África según Méndez R. y Molinero F. En «Espacios y Sociedades». 1984.

rial o central con la del este? Dependerá, claro, de los criterios empleados para hacer el deslinde y de los indicadores o variables que se apliquen. ¿O es que, insensiblemente, hemos retomado y aceptado, sin más, denominaciones heredadas de los colonizadores decimonónicos?

A continuación presento y comento cuatro ejemplos de compartimentación geográfica del continente africano.

La figura 3 recoge los *Conjuntos regionales de África establecidos por Méndez y Molinero*, que han sido trasladados al mapa a partir de los cuadros y apéndices que acompañan al texto sobre el continente en su libro «Espacios y sociedades».

No parece ser intención expresa de los autores justificar los límites entre unos y otros conjuntos aunque en el tratamiento general de África se refieran a ellos con toda normalidad. Las denominaciones no inducen a error ya que han conservado las de los cuatro puntos cardinales (África septentrional o del norte, indistintamente; África meridional, África oriental y África occidental) y un quinto conjunto África central, articulado al norte y al sur de la línea ecuatorial.

El pie forzado, por causa de las estadísticas, de incluir naciones enteras en cada caso produce situaciones un tanto anómalas como aquella en que la parte más septentrional del espacio llamado central toque, por los confines del Chad, el trópico de Cáncer, en tanto que el conjunto denominado septentrional llegue, por los límites del Sudán, a latitudes cuasi ecuatoriales. Seguramente será difícil que un sudanés de Juba (cuya demarcación administrativa se llama Ecuatorial), de El Obeid (en pleno desierto de Kordofán) o incluso de Jarthun (donde se funden el Nilo blanco y el Nilo azul) se considere africano del norte.

De la mano de la última idea me permito reivindicar la existencia de unos países del Nilo, (más adelante matizaré la frase y su contenido) de tanta evocación histórico-cultural.

Por lo demás, y atendiendo al contenido de los indicadores socioeconómicos de los conjuntos, es posible que los mencionados autores hayan pensado en las denominadas regiones sistémicas ya que contemplan datos económicos, demográficos, sociales y en general varios de los conocidos como potenciales del medio.

La figura 4 ofrece las *principales regiones económicas de África según Suggate*. Están recogidas de la edición de 1974 de su conocidísimo y ree-

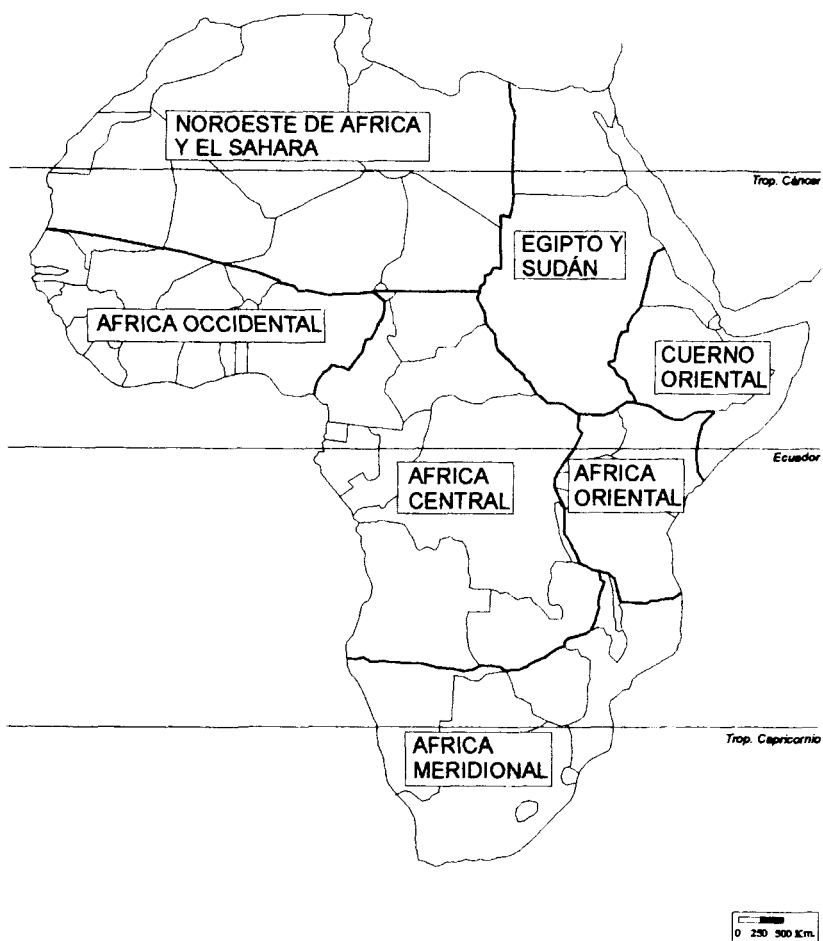


Figura 4. Principales regiones económicas de África según Suggate. En «África». 1974.

ditado manualito titulado «Africa». Lo adjetivo en diminutivo por su pequeña proporción, que sus más de 500 páginas rezuman descripciones de todo tipo y magníficas orientaciones aunque los países se traten, al modo tradicional, uno a continuación de otro.

Es a efectos económicos cuando Suggate parcela África y estimo que lo hace con gran sabiduría y acierto sobre todo en la parte continental ubicada en el hemisferio norte. Hay que decir, para consuelo de todos los autores que ahora comento incluida mi sencilla propuesta, que la referen-

cia de los puntos cardinales sigue siendo el pivote sobre el que giran todas las demarcaciones.

Llama muy favorablemente la atención que en sus delimitaciones aparezca la palabra Sahara aunque sea adherida a un muy cuerdo noroeste. Ello ha supuesto, con los riesgos estadísticos que conlleva la decisión, pasar la línea de contacto entre el Sahara y África occidental por el sur de Mauritania, el centro de Mali, el suroeste de Níger y el centro de Chad; es el dibujo aproximado de la isoyeta de los 250 mm., considerada ya por prestigiosos especialistas antes de la publicación del libro de Suggate y también por otros más recientes, que la van consagrando como frontera definitiva: Ocorre, sin embargo, que el Sahara, bien delimitado por el sur, se funde hacia el trópico y el Mediterráneo con lo que llama el citado autor Noroeste.

Otro logro, a mi parecer, es el de individualizar los dos grandes países del Nilo, Egipto y Sudán, si bien no se les da una denominación conjunta.

La silueta de África central está bien conseguida sobre todo por el norte, ya que desde la latitud aproximada del lago Chad y a través de las tierras de este país, del Camerún y de la República Centroafricana se realiza el paso paulatino a la banda ecuatorial. Por el sur, la inclusión o no de Angola y de Zambia, parece equilibrar (y este sería un caso) a los autores que utilizan como franja límite el paso de la sabana y estepas a los caracteres del clima subtropical del hemisferio sur, con los matices propios de fachada oriental.

En lo referente al África oriental, trato de explicar lo de «cuerno oriental» en función de los paisajes y economías del espacio somalí, coincidente en buena parte con el desierto costero algo atenuado, y con las tierras etiópicas que pueden servir de transición hacia los espacios plenamente nilóticos. El resto del levante africano, llamado «oriental», parece que se explica por individualizar los paisajes contrastados, de matices francamente ecuatoriales los de topografía baja y de rasgos de montaña y alta montaña (aquí están las culminaciones continentales) los de relieve más elevado. Esto sí que es un África oriental «stricto sensu».

La figura 5 reproduce, sin más, una División regional de África según Harrison Church, Clarke y otros, en su obra «África and the Islands». He utilizado la 4.^a edición, de 1977, que recoge los mapas revisados de la anterior de 1966.

Lo primero que llama la atención al observar esta cartografía y la de la figura anterior es su gran similitud, quizá explicable porque los autores es-

cribieron sus respectivas obras en fechas muy próximas, incluso concomitantes para alguna edición y se trata en ambos casos de autores ingleses. De modo que solamente me voy a detener en este caso en cuestiones muy de detalle, obviando lo general.

En su África del Noroeste, HARRISON trata separadamente, el Mogreb como espacio humana y culturalmente muy afín, Libia por separado llamando mucho la atención sobre su papel de crisol de pueblos (por allí

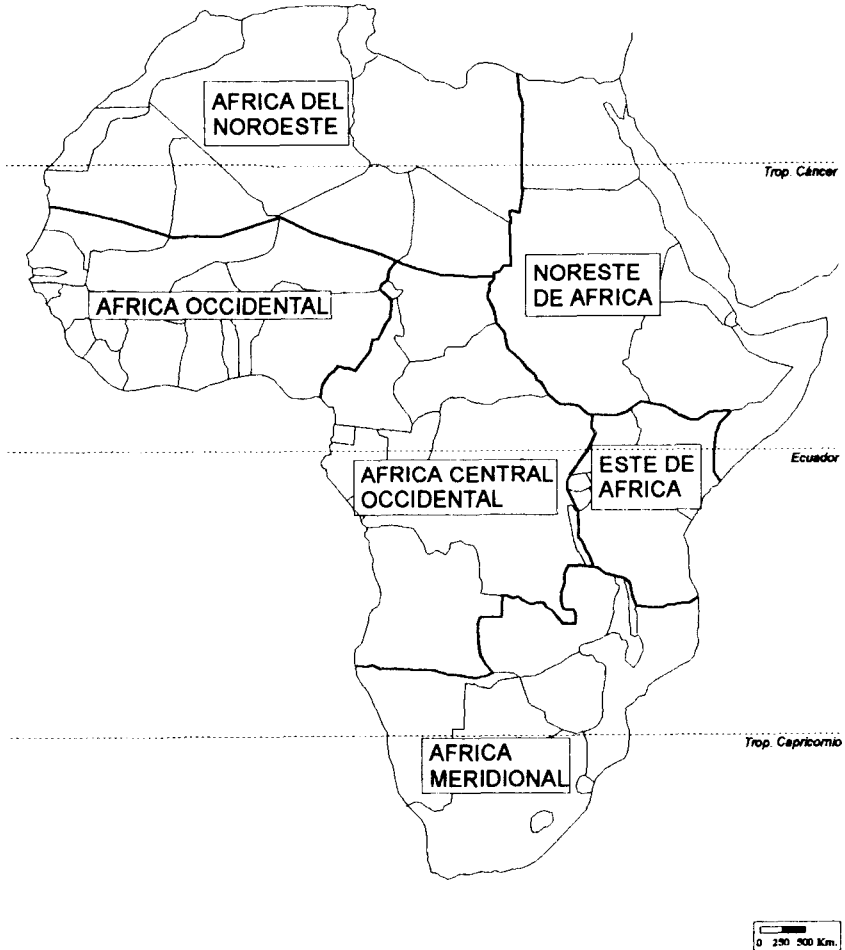


Figura 5. División Regional de África según Harrison Church, Clarke y otros. En: «África and Islands». 1977

han pasado, dice, egipcios, fenicios, griegos, romanos, vándalos, bizantinos, árabes, españoles, turcos e italianos) y el Sahara. Me satisface bastante el tratamiento dado a este último espacio y advierto que su límite meridional está ligeramente corrido hacia el norte, quizá considerando como mejor frontera bioclimática la isoyeta de los 150 mm. que según algunos autores es la más ajustada.

El llamado Noroeste de África, tal como lo delimitan, no es más que la fusión de los países del Nilo (o de Sudán y Egipto si se quiere) y el Cuerno Oriental de Suggate. No me convence porque estimo que es fundir dos es-

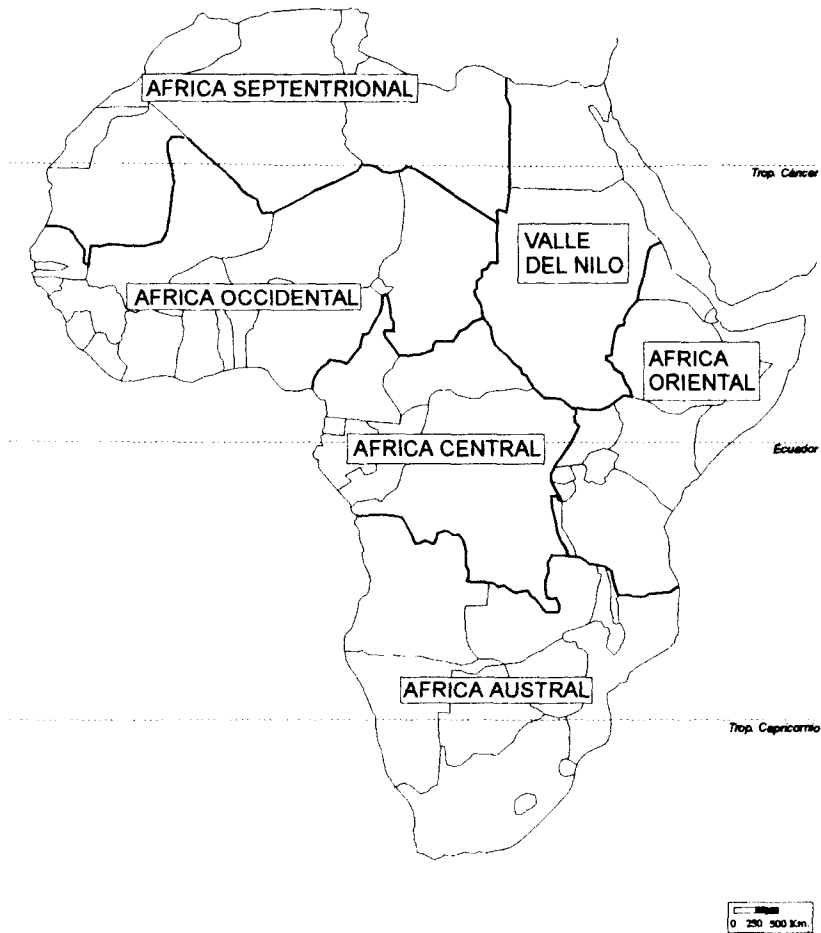


Figura 6. Grandes conjuntos geográficos africanos. (Elaboración propia).

pacios no similares ni física ni culturalmente, y, desde luego, se despersonalizan ambos. Los autores salen al paso distinguiendo, con los correspondientes subtítulos, el Nilo, Egipto, Sudán, Etiopía y el cuerno de África; la resultante es una marquería.

Por último, la cuestión de Zambia, incluida en esta propuesta en África meridional, ya quedó mencionada a propósito de la división regional de Suggate.

La figura 6 muestra un mapa de *Grandes conjuntos geográficos africanos* con vocación de ser retocado constantemente y con el convencimiento de que, sin disponer de divisiones administrativas infranacionales clarísimas, las líneas de demarcación han de continuar siendo las interestatales. A veces se consiguen estadísticas parciales que ayudan mucho a iniciar una compartimentación en la que, proporcionalmente en cada caso, se utilizarán criterios topográficos y morfológicos a la vez que bioclimáticos y humanos en general ¡casi nada! Voy a efectuar mi repaso partiendo de latitudes ecuatoriales.

El África Central se articula en torno a los países que poseen con más nitidez caracteres ecuatoriales, es decir, las tierras de la cubeta del Congo y su anillo en topografía escalonada circundante. Sobra, a todas luces, el apuntamiento superior de la silueta del Camerún, que es tan árido como el vecino lago Chad y el noreste de Nigeria. Sobra igualmente, el apéndice meridional de la República Democrática del Congo, asimilable a las tierras de Zambia. Precisamente la banda oeste-este integrada por Angola, Zambia, Malawi y la mitad septentrional de Mozambique recogen hasta Port Elizabeth y Ciudad del Cabo la diversidad de tierras, hombres y paisajes que componen el África Austral, atravesada casi a la mitad por el trópico de Capricornio.

El África Oriental no presenta mayor complicación, a excepción de Uganda, aunque aquí no estorba. El lector advertirá que, según expliqué a propósito de la compartimentación de Suggate en este flanco continental, definiendo un conjunto «lato sensu», con todas las matizaciones que en su interior se deban hacer a la hora de una explicación en clase.

La denominación Valle del Nilo me produce una cierta inquietud porque Egipto y Sudán no conforman solos las tierras avenadas por este gigantesco colector. Las fuentes del Nilo blanco están en el lago Victoria, en tierras de Uganda, en tanto que las del Nilo azul se localizan en el macizo etiope, en límites de Etiopía. Los dos Nilos se hacen uno en Jarthun, capital de Sudán, situada hacia el centro-este del país. Así que la palabra valle debería implicar más espacios que los susodichos Sudán y Egipto; tampoco es del todo correcta, aunque a veces cometo el error de usarla a sabiendas, la

denominación de «países». Realmente para hablar de países del Nilo con cierta propiedad habría que incluir a Uganda (que forma parte de los Grandes Lagos africanos) y quizá a algún sector de Etiopía. Sin embargo, cualquiera de estas dos naciones no tiene una apoyatura económica, humana y cultural en la fértil cinta de agua que dibuja el río como ocurre para los emblemáticos Egipto y Sudán. Por eso mantengo así este conjunto geográfico. Terán en su «Imago mundi» habla de los «países del Nilo», sólo incluye a los dos colosos y lo explica con una bellísima presentación.

Los conjuntos «África Septentrional» y «África Occidental» entran en contacto sobre el papel a través de una línea zigzagueante entre no importa qué Estados político-administrativos. Poco importa que Mauritania se haga pertenecer al septentrión africano, o que se cometa la torpeza de adjudicar a la República de Chad al occidente. Lo que sucede es que en estas coordenadas falta el dibujo ovalado del Sahara y su localización. Pocos manuales de Geografía regional del mundo, de nivel universitario o no, dedican aunque sólo sea unas líneas a este espacio tan personalizado que, si se le delimita bien, quedan las otras dos Áfricas en su justo lugar. Debo recordar que Gourou y Terán sí lo contemplan en sus obras.

A falta, pues, del Sahara en mi dibujo, le voy a dedicar unas líneas que creo, por otra parte, necesarias.

La imagen de unidad geográfica en cuanto a sus características físicas que de inmediato evoca la palabra *Sahara*, no está respaldada paradójicamente por una facilidad similar en lo que respecta a los límites de su localización.

En efecto, se trata de un dominio fundamentalmente bioclimático, de un desierto zonal cuyos caracteres se repiten en casi diez millones de kilómetros cuadrados entre África del Norte y la región bioclimática sudanesa y desde el Atlántico al Mar Rojo. Sin embargo, esta región de 5.400 kms. en el sentido de los paralelos y 1.800 en el de los meridianos, no ha constituido nunca una unidad política sino que está distribuida administrativamente entre varios países y de ahí la dificultad de establecer unas fronteras que han de apoyarse en criterios esencialmente geográficos.

Respecto a los límites norte y sur del Sahara las opiniones de diversos autores coinciden notablemente al basarse en la combinación de fronteras pluviométricas y vegetales. Así el límite septentrional queda fijado en la isoyeta de los 150 mm. que viene a coincidir notoriamente con el flanco septentrional de los palmerales de oasis, bordeando las alineaciones del

Atlas y el Golfo de Gabes. En el sur dicha isoyeta (que algunos llevan a la de 250 mm.) y los prados que anuncian las estepas de Sudán y Níger, establecen el borde del desierto sahariano a lo largo de una línea que iría desde Nouakchott bordeando por el norte el curso bajo del Senegal, el codo del Níger, el lago Chad, hasta la confluencia del Nilo blanco-Nilo azul, para remontarse después hacia el norte hasta alcanzar la costa del mar Rojo entre Suakin y Massaua.

La rigurosidad de criterio que brinda el litoral Atlántico del Sahara occidental y Mauritania para establecer el límite por poniente, contrasta con la falta de datos indiscutibles en que apoyar el límite oriental. Según acabo de recordar, los caracteres desérticos llegan hasta el Mar Rojo y se prolongan a través de los del Próximo Oriente e Irán, pero parece que el término Sahara no es fácilmente aceptado para aludir al desierto de Libia y sobre todo a los egipcios y sudaneses que incluso poseen denominaciones locales propias (áreas de Nubia y Kordofán). Y es que los países del Nilo poseen unas características históricas y geográficas que les sustraen e individualizan como una unidad diferente del mundo sahariano y en ellas se basa la exclusión, ampliamente aceptada por los autores, de Egipto y Sudán al tratar al Sahara como región geográfica. Se incluyen, así, en el espacio sahariano:

1. Sahara occidental.
2. Sur de Marruecos, en especial la llanura de Sous, al pie del Antiatlás.
3. Argelia meridional a partir de la alineación de los montes Ksours, Djebel Amour, Montes Ouldes Nails y Montes Aures, integrantes del Alto Atlas.
4. Sur de Túnez, abarcando el triángulo extendido entre los vértices de Gafsa, Golfo de Gabes y oasis de Ghadamés.
5. El desierto de Libia al sur de los Djebel Nofusa, Akhdar, al-Soda y meseta de Barka.
6. La mayor parte de Mauritania, hasta el Senegal.
7. En Mali las regiones septentrionales desde Adrar y Taoudenni hasta el codo del río Níger.
8. La totalidad de Níger al norte de Agadés, hasta el macizo de Air y frontera con Nigeria.

9. La región septentrional de Chad hasta la línea lago Chad-Oudaii (montes Tarso, Tibesti y depresión Bodelé).

Creo que queda demostrado, con los cuatro ejemplos desarrollados, que la contingencia es inherente a lo intelectual y que lo que en un momento puede ser claro se oscurece o torna turbio según enriquecemos nuestra formación. Muchas veces pienso que cuando un investigador duda y al fin resuelve es cuando la ciencia avanza un paso. Por eso acabo con el poeta recordando que:

*En este munto traidor
nada es verdad ni es mentira,
todo es según el color
del cristal con que se mira.*

BIBLIOGRAFÍA

- ANUARIO EL PAÍS: Madrid, 1997.
BERTAUX, P.: *África. Desde la prehistoria hasta los años sesenta*. Ed. Siglo XXI. 13.ª edición, Madrid, 1991.
CALENDARIO ATLANTE DE AGOSTINI: Novara. Años 1959 a 1977.
CORNEVIN, R.M.: *Historia de África*. Bilbao, 1969.
DECRAENE, Ph.: *Le Panafricanisme*. Coll. Que sais-je? París, 1970.
DUMONT, R.: *L'Afrique noire est mal partie*. Ed. du Seuil. París, 1969.
FLORISTÁN SAMANES, A.: *África*. Ed. Gran Enciclopedia Rialp. Madrid, 1966.
GOUROU, P.: *L'Afrique*. Ed. Hachette. París, 1970.
HANCE, W.A.: *The Geography of Modern Africa*. 2.ª ed. New York, 1975.
HARRISON CHURCH, R.J. Y OTROS: *África and the Island*. 4.ª ed. Londo, 1977.
MÉNDEZ, R. Y MOLINERO, F.: *Espacios y Sociedades. Introducción a la geografía regional del mundo*. Ed. Ariel 4.ª ed. Barcelona, 1991.
MIGLIORINI, E.: *L'exploracione des Sahara*. Turín, 1961.
MUNDO NEGRO: Número 373-374. 1994.
STATISCAL YEAR-BOOK: United Nations. Varias fechas.
SUGGATE, L.S.: *África*. Ed. Harrap. London, 1977.
TERAN, M. DE: *Imago Mundi*. Vol. II. Madrid, 1964.
UDO, R.K.: *A comprehensive Geography of West África*. Ibadán, 1978.
VERLET, B.: *La Sahara*. Coll. Que sais-je? París, 1962.